

OTOÑO

Gustó, Otoño, del racimo
el rubio, meloso néctar,
para arrancar de su espíritu
la espina de su tristeza.

Se internó por la campiña.
Era la tarde violeta,
con el sol encenizado
que ni alumbra ni calienta.

El paso apretó, de frío,
y al cruzar por la arboleda
el viento, su acompañante
cortaba las hojas secas.

Al bello árbol le quita
su mantellina, y nos muestra
el nido aquél que ocultaban
sus hojas en primavera.

Y sobre el nido se ve
al ave de centinela
cuidando de su nidada
por temor a la sorpresa.

Cuando baja el aguacero
con sus cristalinas flechas,
la pareja cubre el nido
con sus alas entreabiertas.

Y siente bajo el plumaje
de su pechuga, tibieza
de nido y a sus polluelos
mullir la lana de seda...

Todo en el campo es despojo,
bruma, silencio, tristeza.
Sólo el agua del arroyo
del hontanar, que es eterna,

baja espumosa y alegre,
clara, pura, viva, fresca,
a empapar los largos surcos
que el hombre labró en la tierra,

para buscar la semilla
y confundida con ella
dar el junco de la espiga
que graná la primavera.

MANUEL MONTERREY

NUESTROS CLASICOS

SERENATA

Delio a las rejas de Elisa
Le canta en noche serena
Sus amores,
Ray a la luna, y la brisa
Al pasar plácida suena
por las flores.

Y al eco que va formando
El arroyuelo saltando
Tan sonoro,

Le dice Delio a su hermosa
En cantinela amorosa:

«Yo te adoro.»

En el regazo dormida
Del blando sueño, presentes

Mil delicias,
En tu ilusión embebida,
Feliz te finges, y sientes
Mis caricias.

Y en la noche silenciosa
Por la pradera espaciosa
Blando coro

Forman, diciendo a mi acento,
El arroyuelo y el viento:

«Yo te adoro.»

En derredor de tu frente
Leve soplo vuela apenas
Muy callado,